6. INTERROGANTES SOBRE LA DIFUSIÓN DEL LIBRO

Tres lugares comunes sobre la difusión del libro:

1. El libro es el primero de los medios de comunicación masiva que surge en la historia, y sigue siendo el más noble.

2. La influencia de los libros es enorme: la cultura se extiende y comunica a través del libro.

3. Los libros no se difunden más porque son caros, sobre todo para las masas de los países pobres.

1. El libro ¿es un medio masivo?

La comparación de los libros con los medios de comunicación masiva se entiende porque algunos llegan a vender millones de ejemplares; porque se dirigen a un público anónimo, a través de un producto industrial que reproduce y multiplica señales; y porque, históricamente, encabezan la genealogía que va de la Biblia popular en el siglo XVI, a la gran prensa en el siglo XIX, a la radio, los discos, el cine, la televisión, los multimedios, en el siglo XX. Pero hay que distinguir.

Las redes postales, telegráficas, telefónicas y de correo

electrónico, aunque sean masivas, son ante todo la comunicación directa entre dos corresponsales. En cambio, los libros orales como la *Ilíada* y la *Odisea*, los libros manuscritos o impresos, son algo muy distinto, antecedente de los medios de difusión masiva: envían señales desde un centro al público...No son interlocutivos, se dirigen al público anónimo. Por eso, es natural la comparación. Pero de ahí resultan malos entendidos, según los cuales la comparación no favorece al libro, ahora superado (tecnológicamente, en alcance masivo, en influencia); según los cuales, hay que defenderlo de los nuevos medios, quejarse de los precios y la distribución que impiden la circulación masiva, afirmar su nobleza e influencia última, a pesar de todo. Que el libro sea el antecedente de los medios masivos y que no tenga la misma difusión parece ponerlo en falta, plantea falsos problemas y falsas soluciones.

Cabe preguntarse, en primer lugar, si todo libro necesita o merece la difusión masiva. La inmensa mayoría de los libros no se escribe para el gran público, ni lo necesita, para justificarse económicamente. En el otro extremo, hay libros lamentables que tienen públicos masivos, comparables o superiores a los que tienen la prensa, la radio, la televisión, sin que por eso sean menos lamentables.

El libro no es realmente un medio masivo, aunque puede serlo, sin especial ventaja social. Hay ventaja social en que todos compartamos un mínimo de lecturas comunes, especialmente la lectura de clásicos, en beneficio de la conversación. Porque es bueno compartir el alfabeto, los números; las pesas y medidas, el vocabulario y un mínimo de referencias, para entendernos. Porque sin compartir algunas lecturas, canciones, refranes, noticias, películas, la conversación

es imposible. La uniformidad nos aburre y empobrece, pero la diferenciación absoluta nos aísla. La diversidad que enriquece necesita una base común. A partir de ahí, la variedad es preferible. Lo deseable para todos los libros no es que tengan millones de lectores, sino su público natural: utópicamente, el que pudiesen alcanzar si la distribución fuera perfecta y el precio indiferente, de manera que todo posible lector interesado tuviese la oportunidad de leerlos.

2. El libro ¿es un medio de acción?

Habrá que preguntarse, también, sobre la influencia del libro. Está claro que existe, pero no cómo funciona, ni qué tanto pesa, ni qué tan buena o mala es.

La hipótesis tradicional tiene un formato evangélico: la semilla se arroja, y en parte se pierde o cae en tierra estéril, o se ahoga o da muy poco fruto; pero unos pocos escogidos, de los muchos llamados, responderán transformando su vida y la de otros, multiplicando la influencia. Así se extienden las ideas, sobre todo si llegan a penetrar a quienes tienen el poder, o si los que tienen las ideas llegan al poder. Así se establece un diálogo o tradición a través del espacio y de los siglos, y algunos análisis de Aristóteles imprimen su carácter en las lenguas europeas y moldean las categorías mentales de cientos de millones que ni siquiera han leído a Aristóteles. Así, ese diálogo se va anudando en hitos sobresalientes y permite ver, por ejemplo en la serie Hegel-Marx-Castro, cómo una influencia intelectual poderosa rige secretamente los hilos de la historia.

Todo esto es muy bonito y muy consolador, sobre todo para los que venden muy pocos ejemplares de sus libros y

piensan que, después de todo, Hegel vendía menos. Pero puede ser simplemente eso: una manera de ahuyentar la pesadilla de la hipótesis contraria, tampoco demostrada, pero no menos difundida: que escribir es ponerse al margen de la realidad. Sócrates no creyó en la importancia de escribir. Rimbaud y Juan Rulfo dejaron de hacerlo. Muchos religiosos y revolucionarios se han sentido culpables y narcisistas cuando se han sumergido en una acción (la de escribir) cuyas consecuencias son tan poco claras. Los sentimientos de culpa de la gente que escribe son conocidísimos, y en parte explican la obsesión de poner la pluma al servicio de "causas útiles", para sentirse menos inservibles. Si pudimos esperar hasta 1966 para tener en español la *Fenomenología del espíritu*, sin que se haya caído el mundo de habla española por falta de Hegel, y si ahora que tenemos la traducción seguimos sin leerla, y si Castro declara públicamente que no ha leído más que las primeras páginas de *El capital*, ¿de qué estamos hablando al hablar de influencia de los libros, ya no digamos en las masas?

Habría que distinguir y medir separadamente Un cúmulo de fenómenos distintos en la llamada influencia del libro. Una cosa es el renombre de autores o títulos, otra la venta efectiva de ejemplares; otra la lectura de los mismos, otra la asimilación y difusión del contenido, otra los nexos causales entre los fenómenos anteriores (renombre, venta, lectura, asimilación, difusión) y los hechos observables en el comportamiento del público.

Se puede tener renombre de escritor sin haber escrito un libro, o, en caso de haberlo escrito, sin que se venda, o, en caso de que se venda, sin que se lea, o, en caso de que se lea, sin que nada cambie. Se puede vender mucho sin tener

renombre. O se puede influir mucho sin haber escrito. Se trata de una constelación de fenómenos próximos, pero distintos.

Y todo está por estudiarse. ¿Sirve realmente la "poesía comprometida"? ¿Daña realmente la literatura pornográfica? Los suicidas wertherianos, de no leer el *Werther*, ¿no se hubieran suicidado? La lectura de Marx, ¿produjo el 26 de julio en Cuba? La lectura de los evangelios, ¿produjo el bombardeo de Hiroshima?

Pueden hacerse estudios que permitan medir y estratificar el auditorio por zonas de la ciudad, ingresos, edad, sexo, hábitos, preferencias, etcétera. Pero no es fácil medir la influencia. Pudiera pensarse que los anunciantes no tienen interés en que se estudie si la televisión es nociva para los niños, y en qué forma. Pero en algo que sí les interesa, como es la influencia de la publicidad sobre las compras, tampoco se ha logrado mucha precisión. El vizconde de Leverhume, creador del imperio jabonero Lever Brothers, hizo un chiste que todavía circula: la mitad de lo que gasto en publicidad es un desperdicio; el problema es que no sé cuál mitad (David Ogilvy, *Confessions of an Advertising Man*).

En el caso del libro, la ignorancia es mayor. A falta de estudios, hay una serie de hipótesis beatas: no hay libro tan malo que no tenga algo bueno (Plinio); cualquier libro es mejor que cualquier programa de televisión; no hay nada más noble que tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro.

Creer en los libros como medios de acción o no creer es ante todo eso: creer o no creer.

3. ¿Cuáles masas no leen?

Hay una diferencia económica esenGíal en~re el libro y los otros medios. El negocio de la prensa,; la radia y la televisión consiste en reunir un público vendible a terceros. El contenido sirve como cebo para atraer y diferenciar la cantidad y clase de público que se pue.de entregar, de. acuerdo con los intereses!del tercero. Por ejemplo, un fabncante de palas mecánicas ha tiene i~terés en co~prar el público que le puede ofrecer una teleVisara. La teleVisara puede congregar millones de personas para ver una pelea de box, entre l~s cuales habrá muy pocos interesados en comprar p~la~ mecanicas. El medio adecuado para congregar un pubhco tan limitado, a un costo razonable, es a través de una revista especializada en temas de interés para la industria de la construcción.

Esto explica que algunas revistas especializadas se di~tribuyan por suscripción gratuita para quie~es ~lenen una.f¡~cha descriptiva que encaje en el perfil.del pubhco q~e l~s mteresa reunir. Los ingresos de la reVista por suscnpclones pueden ser tan pequeños, que. los editores prefieren des~artarlos y mejorar sus verdaderos mgresos, gue son lo~anUnCl?S, teniendo un público más selecto, vendible a ~eJorpreclO, en paquetes mejor catalogados, para los a~unclantes.

La diferencia entre perder y ganar dmero en la opet.:ación de muchos estadios deportivos depende del diseno adecuado de los pasillos para la óptima circulación de. vendedores. El espectáculo deportivo es la manera de reumr un público vendible a los concesionarios de salchichas, cervezas, palomitas, café.

En el casQdel libro, no hay terceros: el costo lo paga exclusivamente el públic.o. En la radio y la televisión, se da el extremo contrario: el público no paga nada fuera de la compra del aparato. Los periódicos y las revistas son pagados en parte por terceros y en parte por el público.

De todo esto, se sigue que el costo relativo para el público es mayor en el caso del libro que en los otros medios, lo cual restringe la difusión, sobre todo entre el público de menores recursos. Pero esto ignora las bibliotecas públicas, que son la verdadera solución.

La principal barrera a la difusión del libro no está en el precio,siq,9 en los intereses del autor y el lector, en las earacterísticasiael texto, en las dificultades de leer y escribir. Aun suponie¡ndo que a todo el mundo le interese la metalurgia o el surrealismo, hay libros surrealistas y de metalurgia que no todo el mundo puede seguir sin cierta preparación. Esto reduce enormemente el público de un libro, por barato que sea.

El mundo no está esperando para ver qué maravilla ha escrito uno, para ir inmediatamente 8' comprada y leeda, aunque se trate de metalurgia, surreali~~o y otros temas c~ntrales para el género humano. Pero sino fuera por esa Ilusión, más o menos narcisista, de sentirse en el centro de una totalidad que nos. llama, ¿cómo iba nadie a escribir, contra todas las evidencias estadísticas? Si se piensa en la gravedad del problema del Tercer Mundo, y en la importancia d~ la productividad agrícola para la solución de ese problema; sI se considera que, como dijo Santayana, los que desconocen la historia se condenan a repetida, y se observa la persistencia histórica de ciertas cristalizaciones fetichistas en los aperos de labranza, ¿cómo no ver la importancia de la *Historia y estructura de los mitos del arado de palo entre los bororos del sur?*

No hay autor que no crea que su libro es central, porque lo ve situado en una totalidad que a él le permite centrarse. ¿Pero cómo puede el lector recuperar esa totalidad desde tantos centros de atención que lo solicitan? Es dificil, sin compartir en buena parte preparación e intereses. Los libros son como una conversación, y no es cierto que cualquiera pueda seguir todas y cualquiera de las conversaciones, entrando y saliendo en cualquier momento. Para que fuese posible, habría que estar hablando siempre del buen tiempo, o'cosa así, en el arranque de una conversación que nunca despega. Para ir a algún lado, especialmente a ciertos ladosdificiles, se requiere acumular un mínimo de "horas de vuelo" en común.

Hay millones de personas con estudios universitarios. Por mal que estén económicamente, pertenecen a la capa superior de la población. Pues bien, estos millones de personas superiores en educación y en ingresos, nq dan mercado p~ra más que dos o tres mil ejemplares por título, o mucho menos. y si las masas universitarias compran' pocos libros, ¿para qué hablar de masas pobres, analfabetismo, poco poder adquisitivo, precios excesivos?

El problema del libro no está en los millones de pobres que apenas saben leer y escribir, sino en los millones de universitarios que no quieren leer, sinO escribir. Lo cual implica (porque la lectura hace vicio, como fumar) que nunca le han dado el golpe a la lectura: que nunca han llegado a saber lo que es leer.

Aprender a leer es un proceso de integración de totalidades de sentido cada vez mayores:

a) Integrar las letras de una palabra. Con nuestro alfabeto y los sistemas comunes de enseñanza, una primera etapa es ver de golpe una palabra. No es tan fácil, ni cosa de niños. Es tan dificil como leer chino o jeroglíficos. La diferencia entre deletrear y ver de golpe es enorme, y no se adquiere sin práctica. Uno puede ver de golpe la palabra "electromotriz" sin comprender cómo el niño que la deletrea tiene que volver a empezar, porque al llegar a la "z" perdió el total que iba integrando, letra por letra. Pero sucede lo' mismo cuando se aprende otro alfabeto (como algo separable de aprender otro idioma), digamos griego o gótico. Si uno ha tomado clases de alemán con alfabeto romano, y empieza luego a ver lo mismo con alfabeto gótico, las palabras ya conocidas pierden su transparencia tipográfica, se erizan de dificultades visuales, se pierden en el follaje espinoso de los caracteres góticos: hay que deletrear.

Deletrear es reconocer cada letra como totalidad aparte, en la apertura posible de esa totalidad a una totalidad mayor que la integra y condiciona; es ir buscando totalidades tentativas que cumplan satisfactoriamente esa integración en esas condiciones; es ir buscando entre el follaje de la excesiva proximidad, el bosque perdido entre los árboles; es pasar del mutismo de la letra (cuyo desliz apenas perceptible a la apertura del sentido nos ha enseñado a ver la poesía concreta) hacia el milagro de la palabra total..

b) y lu~go hay que integrar las palabras de una oración. Todo el proceso se repite en un segundo nivel. Las palabras abiertas a¡;iJ;liInsinuaciones, tienen también su mutismo y se encastilla~:!,como totalidades aparte. Aquí la integración es más compleja, porque las modulaciortes contextuales (sin contar todavía,l~s del contexto de la oración) tienen complicaciones tipográJicas, prosódicas, sintácticas, semánticas, que imponen más restricciones para integrar 4nidades de sentido.

El cerebro registra separadamente la memoria auditiva y visual de una palabra, la memoria que entiende y la que construye frases. Históricamente, la lectura empezó como una simple recuperación del discurso oral, guardado en clave gráfica, de igual manera que una secretaria recupera el dictado de una carta en clave taquigráfica, para reconstruirlo. No se leía para entender, sino para escW~har y así poder entender. De la escritura se recuperabá príinero el sonido y luego el sentido. Así como los niños tardal1..en llegar a leer sin pronunciar, la humanidad tardó en aprender a leer en silencio, captando directamente el sentido de la escritura, sin pasar por el sonido. Todavía en el siglo V, san Agustín habla maravillado de haber visto leer en silencio a san Ambrosio.

c) Y así hasta leer un párrafo, que es donde mucha gente alfabetizada se queda. Gente adulta, capaz de integrar totalidades de expresión oral relativamente difíciles y matizadas, pero incapaz de sostener ese malabarismo en el aire, mientras lee un texto en silencio. A veces, la operación se reparte: un campesino que sabe leer va convirtiendo los párrafos del periódico a una versión oral inteligible, que ya en forma oral es abarcable en una totalidad mayor que el párrafo, por los otros que escuchan. El mismo que lee en voz alta, se va deteniendo a tramos, porque necesita escucharse, porque necesita también su propia versión oral, 'sin la cual no puede entender lo que dice el periódico. "Deletrea" párrafos, deparagrafea, si se puede decir, y, como el niño, ,puede llegar a la "z" sin ver de golpe la totalidad del artículo. Necesita ir recogiendo, párrafo por párrafo, como el niño letra por letra, la totalidad que va a integrar.

d) El nivel siguiente, en el cual se quedan "deletreando" tomo esos campesinos, muchos médicos, ingenieros,

mae~tros, investigadores, es ver un libro de golpe, como una totahdad. ¿Cómo va a leer libros nadie que los recorra dificultosamente en una marcha lenta de días, semanas y meses, que cuando llega a la "z", ya perdió el sentido de la totalidad? ¿Y cuántos cursos universitarios no son más que la lectu~a tortuosa de un libro a través de un año? ¿Hay manera mas segura de hacer un libro completamente ininteligible que 'leerlo suficientemente despacio? Es como ver un mural a dos centímetros de distancia y recorrerlo a razón de diez centímetros cuadrados cada tercer día durante un año, como una lagartija miope. Así no hay manera de integrar la totalidad, de llegar a ver el mural de un golpe.

y luego pasan los años, y la experiencia profesional y d.~la vida pueden ~acer madurar a la persona, hasta en relaclan con ell~nguaJe, y se tiene gente universitaria que se desenvuelve CO?eficacia razonable en el orden profesional, que es capaz de~Rstener una conversación de cierto vuelo, pero que coge un;~lbro y no sabe más que ir a ras de tierra, arrastrándose tortuosamente entre el folleye inabarcable de un golpe, ~esde su visión de reptil.. ¿Ya quién le gusta sentirse un reptil, sobre todo si tiene la experiencia del vuelo inteligente en el orden oral? Ese disgusto natural acentúa la diferencia entre el lado oral "desarrolladp" y el lado escrito "subdesarrollado"; condena la lectura dé libros al círculo vicioso del esta?:amiento. La persona no lee libros porque nunca aprendlo a leerlos, porque nunca "les dio el golpe", po:que nunca les encontró el gusto, por lo cual nunca le gustaran. Y~omo, además, par~ tener éxito profesional y ser aceptado SOCialmentey ganar bien no es necesario leer libros ...

Y los pocos que leen libros, porque tuvieron la suerte de tratar persdnalmente a unos pocos maestros que sí leían,

y que en esos minutos después de terminar la clase, o en el café, hicieron, fuera de horas, lo que debería ser el centro de las horas universitarias; esos pocos que sí leen libros y que llegaron a leer hasta un libro diario (sin comprarlo, naturalmente: los vicios no admiten excusas falaces), con una voracidad indigesta de la cual luego suelen avergonzarse, sin darse cuenta de que gracias a esa práctica aprendieron a leer, porque leyendo a esa velocidad es como se aprende a ver totalidades de golpe; esos pocos que sí leen libros, son tan pocos, que la mayoría de los libros vende muy pocos ejemplares.

Leer no es deletrear, ni arrastrarse sobre la superficie de un mural que no se llega a ver de golpe. Más allá del alfabeto, del párrafo, del artículo breve que todavía se llega a ver como totalidad, hay analfabetismos funcionales del libro. La gran barrera a la difusión del libro está en las masas de privilegiados que fueron a la universidad y no aprendieron a leer un libro, a pesar de que existe un manual excelente (Mortimer Adler, *Cómo leer un Libro).*

En las estadísticas de la Unesco, puede,~~rse que la explosión de títulos publicados en el siglo XX .~~paralela a la explosión de títulos universitarios. Pero la¡.~xplosión dice más de la oferta que de la demanda. Los graduados universitarios tienen más interés en publicar libros que en leerlos.

Publicar es pf\rte de los trámites normal~s en una carrera académica o burocrática. Es como redactar expedientes y formularios debidamente llenados para concursar. Nada tiene que ver con leer y escribir. Leer es dificil, quita tiempo a la carrera y no permite ganar puntos más que en la bibliografía citable. Publicar sirve para hacer méritos. Leer no sirve para nada: es un vicio, una felicidad.

6.

No hay expertos en technological forecasting que anuncien.la de~aparición del fuego, la rueda o el alfabeto, invent()s mI1enanos, pero no superados, aunque vienen de pueb.los subdesarro.ll~?os. Sin. embargo, hay profetas que anunCIan l~ ~e.sapanClO? ~el hbro. Anuncio que se comprende como J~IClOapocah~tlco: los demasiados libros agobian a la humamdad y acabaran por desatar la cólera divina. Pero como juicio tecnológico, no resiste el menor análisis.

l. Los libros pueden ser hojeados

En este sentido, sólo un cuadro es superior a un libro.

Ur: programa de cine o de televisión, aunque sea visual, no. se d<:Jave~ de un golpe, como un cuadro. Ni se puede hOJear. Es pOSIble ausentarse y distraerse, pero no adelantar para ver lo que sigue, o volver atrás para comprender mejor, o parar un momento para reflexionar.

Los pro~~amas grabados en videocintas o discos ópticos SIlo permlt~n, pero no se dejan explorar fácilmente. Ni, las computadof~s más veloces dan la perspectiva de conjunto que puede q~r el registro rápido de un libro, con la mis-